

## Preguntas de Reflexión

- ¿Qué te ayuda a regresar diario a Dios con honestidad y humildad?
- ¿Qué le deja a tu experiencia de recuperación la oración del publicano: “Dios mío, apiádate de mí, que soy un pecador”?
- ¿Qué significa para ti “cargar tu cruz” y seguir a Cristo en el contexto de tu sanación de la adicción sexual?

### Bienvenido a Católicos en Recuperación

*Estamos agradecidos de que seas parte de nuestra comunidad y te animamos a que sigas regresando*

- Visita [catholicinrecovery.com](http://catholicinrecovery.com) para ver una lista completa de reuniones disponibles, recursos de recuperación e información sobre cómo comenzar
- Te pedimos paciencia mientras traducimos más recursos y materiales al español
- Ten la seguridad de que tu participación y presencia en estas reuniones se mantendrán confidenciales.
- ¡Eres digno de libertad, una vida nueva y recuperación!

## Lecturas Dominicales

**Primera Lectura:** Sirácide (Eclesiástico) 35, 12-14, 16-18

**Salmo Responsorial:** Salmo 34, 2-3, 17-18, 19, 23

**Segunda Lectura:** 2 Timoteo 4, 6-8, 16-18

**Evangelio:** Lucas 18, 9-14

**Trigésimo Domingo  
del Tiempo Ordinario**



Cuando es criticado por comer y beber con publicanos y pecadores, Jesús responde, “los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores” (Lucas 5, 31-32). Estas palabras nos recuerdan que la recuperación comienza cuando admitimos nuestra enfermedad y nos abrimos a la gracia sanadora de Dios. Nuestro retorno cotidiano a Él, fundado en la humildad y en la honestidad, nos mantiene unidos a la esperanza que trae Su gracia.

La conversión, como la enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica*, es un proceso continuo: “La conversión se realiza en la vida cotidiana mediante gestos de reconciliación, la atención a los pobres, el ejercicio y la defensa de la justicia y del derecho, por el reconocimiento de nuestras faltas ante los hermanos, la corrección fraterna, la revisión de vida, el examen de conciencia, la dirección espiritual, la aceptación de los sufrimientos, el padecer la persecución a causa de la justicia. Tomar la cruz cada día y seguir a Jesús es el camino más seguro de la penitencia” (CIC 1435).

El Paso 2, “Llegamos a creer que un Poder superior a nosotros mismos podría devolvernos el sano juicio”, nos llama a poner nuestra fe en la capacidad de Dios de transformarnos. Lo que nos toca es implorar con honestidad y mantenernos dispuestos a dejar que Él nos sane. La Primera Lectura de este domingo nos garantiza que Dios escucha la súplica del humilde (Siráclide 35, 15-20):

*El Señor es juez,  
y para él no cuenta el prestigio de las personas.  
Para él no hay acepción de personas en perjuicio del  
pobre,  
sino que escucha la oración del oprimido.  
No desoye los gritos angustiosos del huérfano  
ni las quejas insistentes de la viuda.  
Quien sirve a Dios con todo su corazón es oído  
y su plegaria llega hasta el cielo.*

La fe nos invita a mostrar ante Dios nuestra culpa, debilidades y heridas, en lugar de esconderlas. En la recuperación, aprendemos que la fortaleza se encuentra en la entrega. Mientras que el mundo nos dice que debemos sobresalir con nuestros logros, la sanación llega cuando sobresalimos con la honestidad, admitiendo que, por nuestra cuenta, somos impotentes.

El Evangelio de este domingo muestra dos actitudes distintas hacia la oración y la conversión (Lucas 18, 10-14):

*“Dos hombres subieron al templo para orar:  
uno era fariseo y el otro, publicano.  
El fariseo, erguido, oraba así en su interior:  
‘Dios mío, te doy gracias porque no soy como los  
demás hombres:  
ladrones, injustos y adúlteros; tampoco soy como ese  
publicano.  
Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todas  
mis ganancias’.*

*El publicano, en cambio, se quedó lejos  
y no se atrevía a levantar los ojos al cielo.  
Lo único que hacía era golpearse el pecho, diciendo:  
‘Dios mío, apiádate de mí, que soy un pecador’.  
Les aseguro que este último volvió a su casa  
justificado, pero no el primero;  
porque todo el que se ensalza será humillado  
y el que se humilla será ensalzado.”*

Cuando nos comparamos con otros o dependemos de la soberbia, la lujuria encuentra un punto de apoyo. Pero cuando somos humildes ante Dios, admitiendo nuestra impotencia, Su gracia entra en nosotros. Ya no necesitamos fingir que somos virtuosos; podemos ser auténticos.

Dios conoce nuestra historia mejor que nosotros. Él ve nuestras fallas y nuestros deseos, nuestras heridas y nuestra disposición. Él no nos pide ser perfectos, sólo ser honestos y estar dispuestos a crecer. Al hacer nuestro propio inventario, reparar el daño y practicar a diario la entrega, encontramos libertad y renovación en Su misericordia.

Mientras caminamos en este sendero, no lo hacemos solos. Dios viaja con nosotros por medio de la comunidad, las Escrituras y la oración. Cada día que con humildad caminamos, un paso a la vez, descubrimos que Su poder sanador es más grande que nuestra angustia.